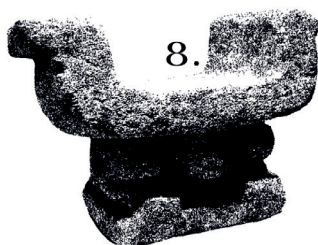


The background is a complex abstract composition. It features large, soft-edged shapes in shades of pink, magenta, and light blue, set against a pale, textured grey. Overlaid on this are numerous thin, black, hand-drawn scribbles and lines that crisscross the entire frame, creating a sense of chaotic movement and depth. The overall effect is layered and visually busy.

Delirio del diablo

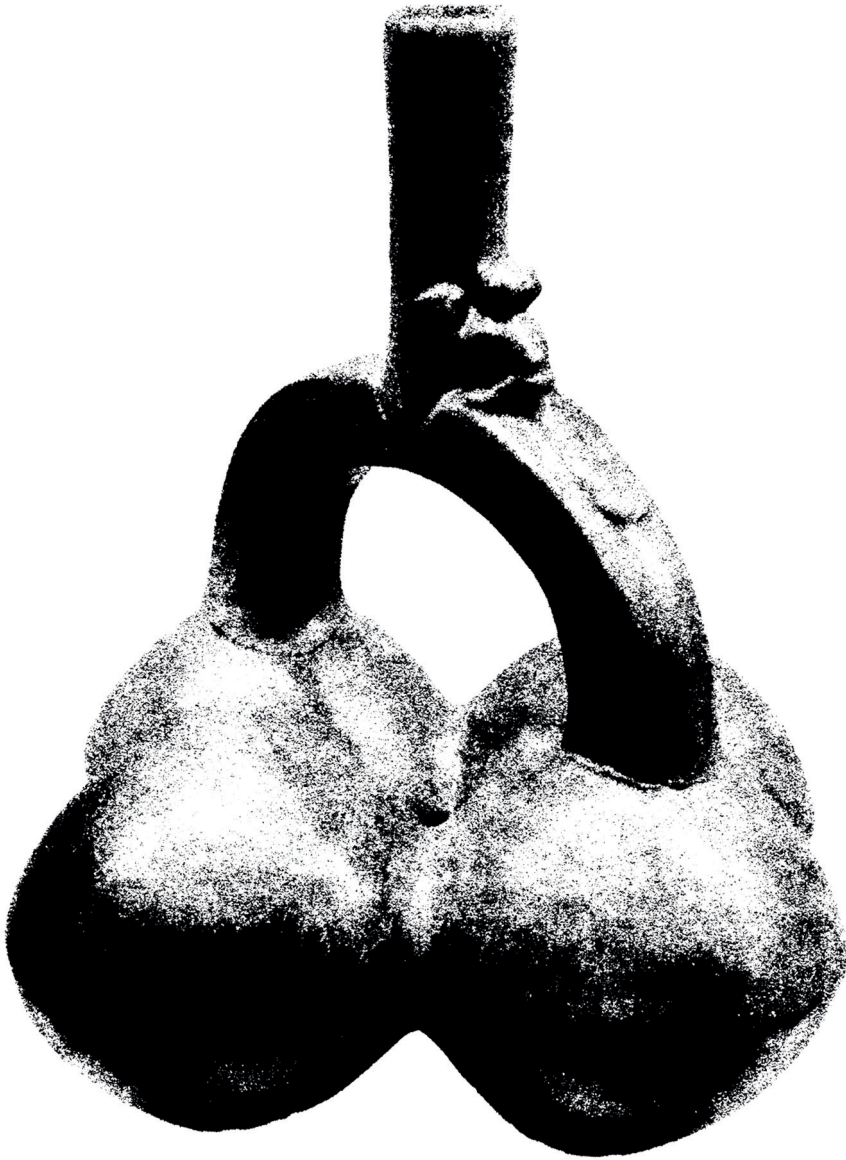




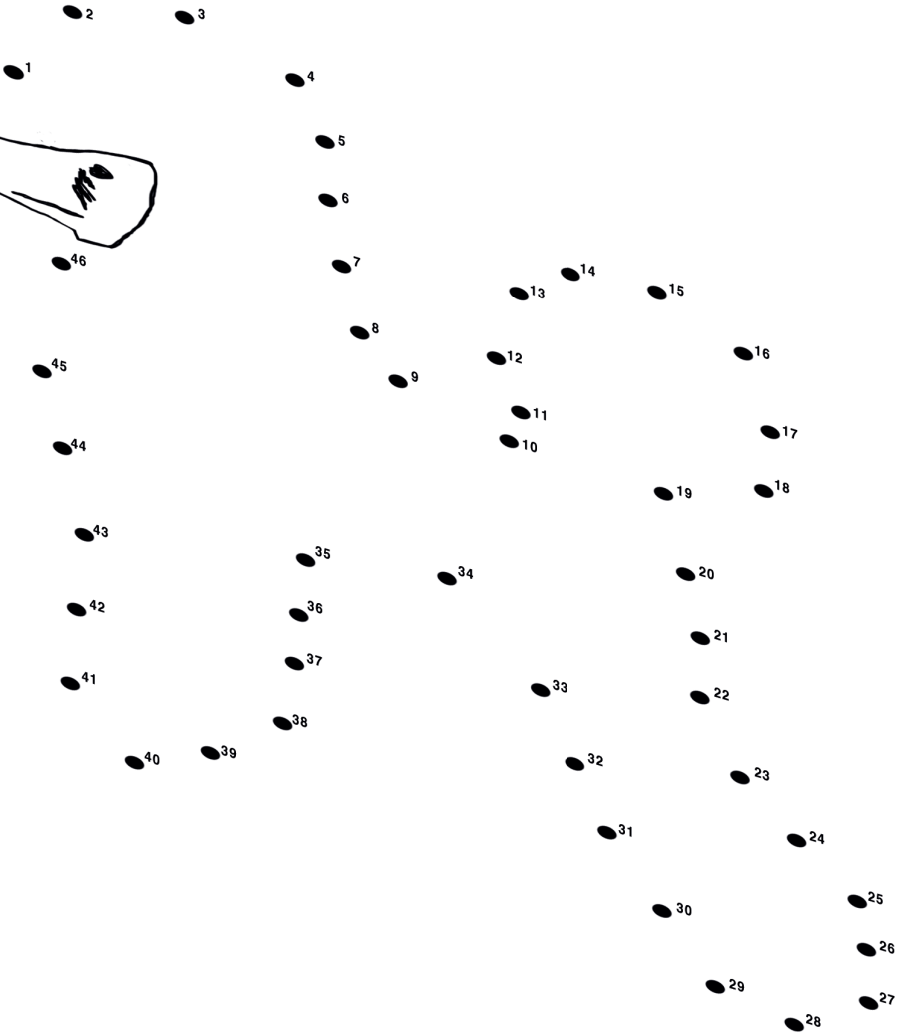


SUR

ESCUELA DE PROFESIONES ARTÍSTICAS



ESCUELA DE PROFESIONES ARTÍSTICAS
SUR





NOVELAS

Ana García Asegurado

Habían llegado por separado, acompañadas cada una por uno de sus hijos. La más joven celebraba su 80 cumpleaños y había convocado a la familia para comer.

Que eran hermanas nadie lo dudaba. De toda la familia eran con diferencia las que más se parecían. Las distanciaban trece años, a la mayor aún le quedaban algunos mechones morenos en el pelo. Nada más entrar en el salón del restaurante se buscaron, se abrazaron, se besaron y prácticamente no se soltaron de la mano en todo el día.

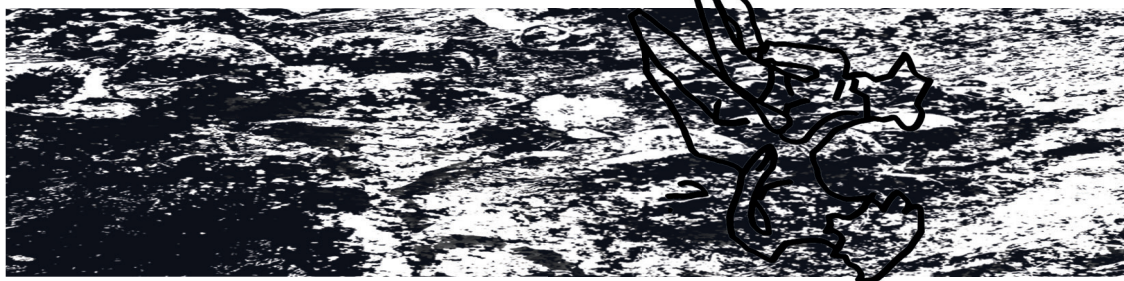
Se habían puesto sus ropas favoritas, las caras hidratadas y sin maquillar, sonrisas cariñosas, miradas alegres. Olían a vida.

Después del jaleo de los saludos y besos entre todos, cada uno se iba sentando donde había hueco. Lo que no era negociable es que ellas no se sentaran juntas. Antes se separaba a un matrimonio que a ellas. Antes se separaba a unos padres de sus hijos pequeños; ya les cuidarían un tío o una prima. Pero ellas juntas, como siempre.

Como siempre las habíamos visto, como siempre nos habían contado. Y como siempre, hoy contarían batallas ya conocidas por todos; como la del pellizco que la mayor daba a la pequeña cuando eran niñas, para dejar de cuidarla, para que la pequeña llorara y de esta forma la madre viniese a llevársela.

Empezaron las conversaciones cruzadas, los brindis, las risas. El primo gracioso, el primo cariñoso, el primo pesado. Los primos.

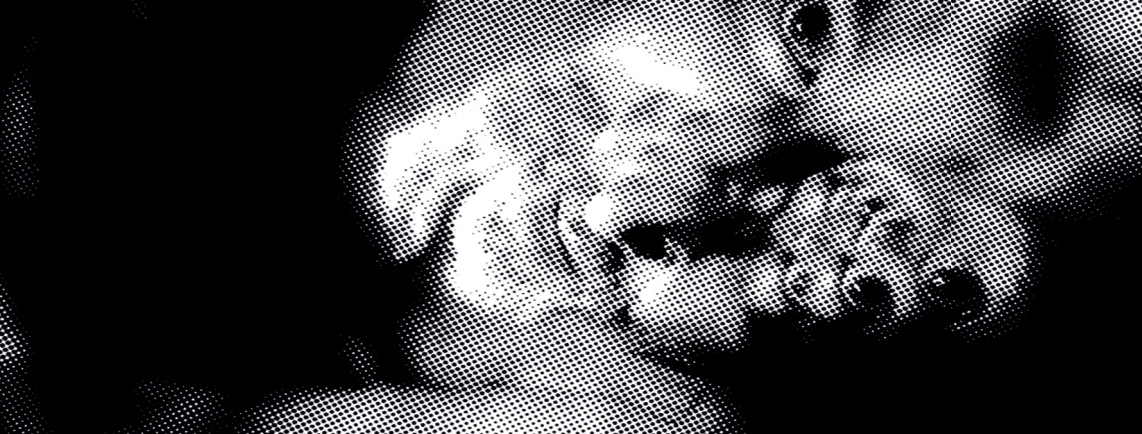
Una había nacido durante la Segunda República, la otra durante la dictadura. Llevaban acompañándose 80 años, llevaban contándose sus miserias toda la vida. ¿Qué no las había pasado? ¿Qué no cabe en ochenta años? Habían vivido la república, la dictadura, un golpe de estado... o dos, la democracia. Sabían lo que eran las estrecheces, y después habían sabido disfrutar de tiempos holgados. Se habían casado, se habían separado, habían celebrado bautizos, comuniones, bodas, cumpleaños, se habían quedado viudas, habían tenido hijos, habían enterrado hijos, habían enterrado padres, habían enterrado a todos sus hermanos. Habían discutido, se habían perdonado, se habían cuidado, habían viajado con las familias, habían viajado solas. Habían ido al teatro, al cine, al cine de sesión continua. Se habían guardado secretos.



Se habían guardado secretos para siempre. Nos habían enseñado que entre ellas se hablaban de los disgustos de los hijos, pero que a nadie se le ocurriese decir ni mu de ninguno de nosotros. Nos habían criado con alegría, libres, sin miedos.

Míralas... ellas... ahí están... las abuelas... sin parar de hablar, de reír, de no querer perderse nada. Ellas que han comprendido todo, que han perdonado todo. Y fuera de aquí... ya nadie les pregunta nada.

Se apagan las luces ... Aparece el camarero con una tarta... Comenzamos todos a cantar... cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...



CONFESIÓN

Davi de Lacerda

«Tienes que contarlo a alguien en quien confíes, que pueda guardar un secreto, para que no se te escape por la boca de repente...», decía mi abuela. Por eso he decidido contártelo a ti, la única persona en quien confío. ¡Es verdad, soy el asesino! Eran las cuatro de la tarde, yo estaba en la ventana de casa cuando vi a un tipo delgado aproximándose por la acera. En seguida, un chaval pasó en bici, le robó el móvil y pronto desapareció a la derecha por la calle de Los Perdidos. El pobre temblaba, gritando tímidamente: «ladrón, ladrón». Nadie más le escuchó, en esta calle siempre vacía, a esas horas del verano. Salí para ayudarlo. Me preguntó si podía llamar a la policía. ¡Por supuesto! Entramos juntos a casa.

Tan pronto cerré la puerta, así de la nada, me vino el deseo de matarlo. No pasaron más que pocos segundos. Mi mano derecha cogió el hacha que estaba en el pasillo y, sin aviso, golpeó su cabeza. Solo le salió un murmullo. No creo que haya sufrido. ¡Seguro que no! Se cayó en el suelo, la sangre bañando el embaldosado. Miré mi mano, el hacha cayendo al suelo. No creía lo que veía; perdí la consciencia. Desperté en un rato, mi cabeza sobre su espalda, mi brazo en el charco de sangre. Me levanté atolondrada. «¿Estoy soñando? ¿Qué he hecho?». Miré su cara. Estaba en paz.

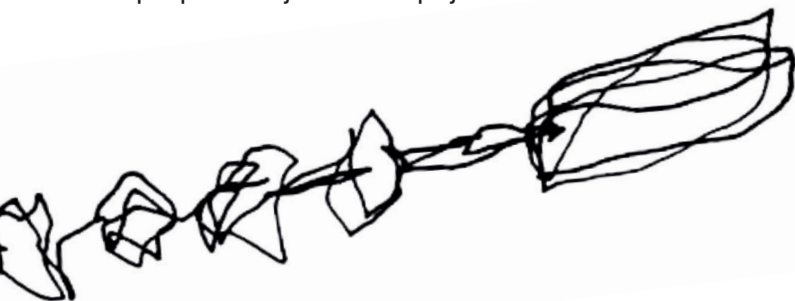


En ese momento me volvieron las fuerzas, la decisión de deshacerme de su cuerpo delgado. Empecé a quitarle la ropa. Solo entonces descubrí que era una niña. No debía pasar de los 16 años. Fui hasta la cocina; cogí un machete. Empecé por la tripa, como veía a mi abuelo hacer con la caza. El intestino se rompió. Un olor a mierda llenó mi alma. Vomité por encima de su cuerpo, pero seguí adelante. Vacíé todo lo que pude en la letrina, primero la mierda, después las vísceras pasadas por la licuadora.

Ya era tarde en la madrugada cuando se reveló el cerebro, después de hachar por segunda vez su cráneo. El alma ya partida, seguí quitándole todo lo demás: la piel, la grasa y la carne, metiéndolos en un cubo, tal cual hacía mi abuelo, y de allá al congelador. El esqueleto, lo enterré en el patio la noche siguiente. Nadie ha visto nada.

Durante tres meses, rellené y vendí las *empanadas de la abuela*, hechas con picado de carne y un condimento que mi abuela me había regalado. Fue un gran éxito. Esta mañana, he vendido las últimas a una chica que, todos los días, se llevaba media docena. Cuando le he dicho que, acabado el condimento de mi abuela, ya no podría prepararlas nunca más, su cara de decepción me ha conmovido. Mis ojos se llenaron de agua, casi se me salió una lágrima. Todo pasó exactamente así.

Me siento aliviada por contarte la verdad. Sé que no se lo dirás a nadie; ese secreto se queda entre nosotras. Mi abuela tenía razón: «Tienes que contarlo a alguien en quien confíes, que pueda guardar un secreto, para que no se te escape por la boca de repente, aunque sea confesándolo a tu propio reflejo en el espejo».



Maite Ibarreche



La mujer hizo la primera parte del trayecto en metro. Al encontrar asiento en una butaca gris del cuarto vagón, alcanzó a oír a un hombre que, de pie en el pasillo, decía «Permítanme presentarme...». La declamación del desconocido fue interrumpida por la música que empezó a sonar en los audífonos; al sentarse ya había oprimido el botón de *play*. No supo entonces de qué trataba

el discurso del hombre del pasillo, pero lo vio acercarse, uno a uno, a los asientos de otros pasajeros sentados. A ella no se le acercó.

Emergió de la boca del metro y caminó ocho cuadras bajo los rayos del sol. El pronóstico meteorológico ya había anunciado esa mañana cielos despejados y una temperatura máxima de 27 grados centígrados. Sudando sacó la botella de agua de su bolsa, para darle un sorbo tan pronto como llegara a la plaza.

Llegó a la plaza, superficie rectangular y achicharrante de 190 metros de largo, con unos escalones al fondo. Desde que ingresó por uno de los arcos, la mujer pudo ver al hombre de camiseta negra y pantaloneta roja, parado cerca del costado sur de la escalera. La mujer atravesó la plaza y se sentó en el lado norte. Todavía con la música en los oídos, de reojo percibía ciertos movimientos del hombre.

Eventualmente, el hombre se movió hacia el centro de la escalera. Desde allí empezó a atravesar la plaza por lo ancho. Una vez que se posicionó hacia la salida de la plaza, la mujer pudo leer lo que estaba escrito en su camiseta: «*Know sex. Know drugs. Know rock and roll.*» Aún sin terminar de procesar el mensaje, la mujer, que soy yo, vio cómo el hombre

se giraba hacia ella y le guiñaba el ojo. Yo, que soy la mujer, ya no pude seguir escribiendo este relato de la misma manera.

Me llevé la botella a la boca, pensando en la sed que me ocasionaba ese calor; o, más bien, pensando en la sed como una constante de mi vida. Engullí el agua hasta finalizar la botella, imaginando que Madrid es un desierto y por eso la gente habla tan duro, pues les da miedo perderse.



Yo, la mujer, ando esquivando a los otros, dando *play* a la música que ahoga el ruido de esta ciudad; ando muerta de sed sin saber por qué. Entonces aquel extraño me hizo pensar que quizás no conozco las drogas, no conozco el sexo, no conozco el rock and roll. No conozco a ese hombre de pantaloneta roja y, sin embargo, quise salir corriendo tras de él, decirle «Permítame presentarme...» y vampirizarlo ahí, sin sombra alguna, en el centro exacto de la plaza, bajo el sol aniquilador.





La señora de los gatos

Yolanda Vega



Tiene el pelo blanco y camina balanceándose acompañada de un perro viejo. Arrastra dos bolsas blancas donde lleva comida para los trece gatos que viven alrededor del bloque de pisos. Nadie sabe exactamente qué les da de comer, pero lo cierto es que los gatos se reproducen a una velocidad increíble.

A pesar de que sus rodillas crujen al subir y bajar los escalones, la mujer no tiene ningún reparo en agacharse para colocar tres *tuppers* con comida. Los sujeta con piedras para que el viento no se los lleve. Los deja justo debajo del Fiat Punto rojo del vecino del 4° B, que la sorprende en plena tarea y comienza a gritarle:

—¡Pero señora! ¿No ve que dar de comer a esos putos gatos hace que no se vayan de aquí y que estemos llenos de cacas por todas partes? La mujer se limita a sonreír mientras su viejo perro ladra con un sonido ronco y cascado.

La vecina del 2° A observa la escena, ella también se ha quejado muchas veces porque el ascensor siempre tiene impregnado un desagradable olor a gato.

Uno de los trece gatos que ronronea a su lado y que tiene calvas en su pelaje levanta la cabeza y mira fijamente al vecino del 4°B que al verse intimidado cierra la ventana. Ella mira al gato cómplice y saca una llave del bolsillo. Mientras raya la carrocería del coche saluda a la vecina del 2° A. Después se agacha, se baja los pantalones y mea.

Todos los vecinos piensan lo mismo. No es su ascensor. Igual que no es suyo el Fiat Punto. Igual que tampoco son suyos los gatos.

LAMENTABLEMENTE

Alfonso Leyton



Lamentablemente, me veo aquí escribiendo un comentario amargo, a mi parecer, esto es por el gusto que me deja, algo seco, agrio, rasposo y profundo. Es como cuando probé el caqui, fruto propio del otoño, qué cosa más mala... Bueno, algo así será mi comentario. Y no necesariamente porque mis palabras lleguen cargadas de amargura, sino que el mismo cansancio de un doble esfuerzo me invita a la amargura interior.

Todo el viaje de ida resultó bien, todos llegamos a destino y no hubo ningún problema. Al llegar fuimos bien recibidos, al principio se me hizo raro el aire y el agua, la descripción de los manuales era muy vaga, pero a medida que pasan los días te acostumbras. En verdad los primeros momentos todo pintaba bien, Clara Rq002 nos recibió estupendamente, al menos ella conocía bien nuestras costumbres y el *shock* no fue tanto. Yo estaba asustado, tengo que confesar, es la primera vez que tenemos la oportunidad de realizar este viaje, generalmente quienes vivimos en Rx700 no tenemos esa opción.

Mi queja viene principalmente asociada a ámbitos técnicos, no puede ser que siendo esta una oportunidad tan importante para nosotros como científicos se nos trate de esta forma. Al salir por primera vez a la calle todo iba como en el entrenamiento, personas con audífonos, teléfonos celulares, automóviles, comercio, mucha gente apurada y algunos contemplando. Me parece que los datos están desactualizados, el porcentaje de personas contemplativas no concuerda con lo expresado en los informes 0000839, por lo tanto existe clara negligencia en el traspaso de los datos, ya que el 89 % de las personas investigadas contempla más su artículo telefónico que el mismo cielo o incluso que el sol. Por lo mismo considero de extrema urgencia el agilizar todos los registros, en especial las actualizaciones de cotidianidad.

Mayor fue mi sorpresa cuando vi que yo estaba cometiendo un error de movilidad y postura, debido a que el manual tiene un defecto de escritura, lo que me llevó a sentir una fuerte desconfianza en el material entregado. El manual dice claramente:

Los humanos son seres bípedos, caminan erguidos sobre sus dos piernas, manteniendo un equilibrio cuyo principal eje es su columna. Para caminar siempre debes recordar pisar punta - talón (repetidamente).

Y me vi yo, caminando en el entorno favorito de los humanos, el mall, punta - talón, punta - talón. Al parecer, esa forma de caminar llama más la atención, todos me miraban. Bajo un fuerte estrés comencé a revisar todo el manual. hasta que me di cuenta, en base a mis primeras horas de observación, que los humanos caminan talón - punta. Grave error para un manual que no se actualiza desde el año 4052, año terrestre 2020. Les informo que llevamos más de 6 años realizando expediciones fallidas, ya que la forma de caminar es un factor importantísimo para nuestra investigación. He informado rápidamente de este error a los otros tripulantes, pero es lamentable que nosotros, quienes realizamos este sacrificado trabajo, dejando a nuestras familias, viajando miles de años luz a este territorio, pasando hambre y frío, mientras vemos como los humanos no hacen más que acortar su vida, y tengamos que vivir esto. Quienes han caminado así durante estos 6 años no han gozado de pasar desapercibidos, por lo que su rol de investigador imparcial queda contaminado por la atención que reciben los humanos que caminan en puntas.

Solicito a través de este documento la revisión formal y detallada de los manuales que no han sido actualizados desde los últimos años, considerando el profesionalismo con el que esperamos realizar nuestro trabajo.

Se despide atte.

Claro Rq003



Claro Rq003



Los dos deseos

David Alfonso

Maravilla, 10 de noviembre de 1996

Querida Silvia:

Hace semanas que estoy por escribirte, pero no he tenido tiempo ni para rascarme un ojo. Como sé que estás tan aburrida en aquel frío de Nueva York, aquí te traigo la última de Maravilla.

¿Sabes quién se mató? Manolito. El hijo de Juana. ¿Lo recuerdas? Pasaba siempre por la plaza en su caballo. Dicen las malas lenguas que la tenía chiquita; quién lo diría con aquel cuerpazo. Pues resulta que se tiró de un tercer piso, muriendo al instante. Eran las tres de la tarde cuando cayó desnudo en medio de la calle. Todo el mundo pudo verle aquello. Mónica, que ahora cose para la calle, me llamó al instante. Silvia, ¡aquello fue tremendo! En un segundo estaba aquel lugar lleno de gente. Mira que aquí ha pasado de todo, ¡pero como esto, nada!

Cuando llegué, Mónica consolaba a una muchacha llamada Margarita. La pobre temblaba que pa' qué... precisamente desde la ventana de su cuarto saltó el difunto. Pero cuenta, mujer, ¿por qué este hombre se ha tirado de allá arriba? ¡Habla, coño! La sacudimos para que nos contara antes de que llegara la policía y no pudiéramos interrogarla más.

Dice que nunca había visto nada igual. Trató de calmarlo en la habitación y que, antes de lanzarse por la ventana, entre gritos y llantos, Manolito le contó que había crecido sintiéndose castigado: era dema-

siado macho para el tamaño del arma que Dios le había dado. Estaba enamorado de Susana y ese día la fue a pedir en matrimonio, pero ella lo rechazó. ¿El motivo? Ya te lo imaginarás.

Hacía dos días que no paraba de beber por causa del rechazo de Susana. Como sabes, el Destino está abierto hasta el último cliente en pie. Muy ebrio llegó al establo, agarró un caballo y se internó en la floresta. Pensaba cómo ahogarse cuando, en la orilla del Cubanicay, apareció una vieja que le pidió de favor que la atravesara hasta la otra orilla. Ya del otro lado, ella le dijo que, por su amabilidad, le concedería dos deseos. Como él no le creyó, la vieja agarró una piedra y la convirtió en oro. Dice Margarita que la mujer le dijo que pidiera cualquier cosa, pero que lo pensara bien, porque no habría otra oportunidad como esa en su vida.

¿Sabes lo que él pidió? ¡Adivina! Silvia... pidió tener el miembro igual al semental que estaba montando. ¿Y el segundo deseo? Una botella de ron añejo Maravilla.

Los deseos fueron concedidos y, ¿sabes a dónde se fue Manolito con su ron? ¡Al Porvenir, el putero del pueblo! Que de día es un taller de costura y por la noche... mejor ni hablar. Entró por la puerta y pidió la puta más cara del Cabaret. ¿Quién era? Pues la propia Margarita. Manolito quería estrenar aquel material, tener sexo salvaje y vengarse de Susana. Imagínate: ¡la vida toda con aquel complejo tan grande por algo tan pequeño! Ahora si iba a demostrar lo macho que era.

Pues niña, dicen que cuando se bajó los pantalones... Silvia, no lo vas a creer. Borracho se había confundido y, en vez del caballo... ¡se había montado en una yegua!

Ahora te dejo que Mónica me está llamando.



Paqui





in a

LAS FLORES QUE SUSURRAN

Aly Economou

Cada día en nuestra caminata, hablo con las otras chicas sobre mis sueños, mis metas, todo lo que quiero hacer cuando esté curada. Cada día, ellas no me responden. Creo que ellas son del tipo silencioso.

Me siento mucho mejor con la pastilla azul. Una vez decidí saltármela, para ver qué pasaba. Mi experimento salió mal. Nunca más.

Nuestro desayuno consiste en huevos rotos y pan. Me siento con las otras que viven aquí, y hablamos de cosas diarias: las flores en el jardín, el color del cielo, el árbol gigante que nos mira desde la ventana.

La enfermera nos da una pastilla amarilla para tomar con el almuerzo. La única vez que me salté esta pastilla, empecé a vomitar sin parar. Nunca mas.

En los días nublados, no puedo terminar mi almuerzo.

El jardín es muy grande, con muros hechos de piedra rodeando todo. El árbol que nos mira está en el centro, el rey del jardín. Aunque me sentara en las ramas más altas, no podría ver más allá de los muros.

A mi me gusta sentarme con las flores. Ellas hablan con susurros y no son tan serias como el árbol.



La última pastilla es rosada. La única vez que me salté esa pastilla, tuve pesadillas horribles y no pude dormir. Nunca más.

Las flores hablan de crecimiento, cambio y colores brillantes. Les gusta reír. Cada día es lo mismo. Estoy tan agradecida por mi vida sencilla. No puedo imaginar otra.



La casa suspendida

Mont Carver



entiendo bien del tiempo, pero dejé de reconocerla. Ya no olía a Aurora. Empezó a caminar con pasos rápidos y torpes, como si la casa hubiera cambiado de forma y ella no recordara dónde estaban las cosas.

Ahí la vi.

Pequeña Fernanda estaba en el pasillo. No sé cuándo llegó. No la oí por estar pendiente de Aurora. Estaba detrás de ella, descalza, con una camiseta arrugada y los ojos perdidos. Nunca la había visto así. No decía nada. Lo oyó todo, o lo intuyó todo, como yo. Moví apenas la cola, como cuando quiero avisar algo, pero nadie me miró. No era mi turno. Ella dio dos pasos hacia atrás y corrió al cuarto de Aurora y Ernesto.

Yo fui detrás.

Empujé la puerta con el hocico, la vi meterse debajo de la cama. No hizo ruido al llorar. Eso es peor. Las pequeñas huma-

Yo siempre escucho el teléfono antes de que Aurora sepa que está sonando. Hay ruidos que mi cuerpo capta primero que las humanas. Una vibración en la mesa, un zumbido de electricidad, algo que interrumpe el aire. Levanté mi cabecita de mi cama un poco rota y miré a Aurora salir disparada de la cocina con las manos húmedas aún. Antes de escucharla decir bueno, antes de que frunciera la frente, yo ya intuía que algo estaba cambiando.

No era el camión de la basura. No era el señor de los tamales que suele pasar a las cuatro de la tarde. Tampoco era Silvia llegando de la universidad con el tintineo de sus llavecitas y el cascabel para que yo sepa que es ella. No era mi snack de media tarde. Era otra cosa. Algo que no tiene olor pero que puedo oler aún así.

Aurora contestó rápido. Su voz estaba calmada, como siempre, quizás pensando en qué iba a preparar esa tarde, distraída todavía. Yo volví a apoyar el hocico entre las patas y empecé a mor-

der mi palo sabor pollo con un poco de ansiedad. Escuché cómo su respiración cambiaba. Las humanas creen que una palabra cambia el mundo, pero yo creo que primero cambia el cuerpo. Las palabras a veces no alcanzan. Su mano apretó el teléfono. Ya no eran las manos ligeras que preparan la comida o me acarician cuando se sienta a media tarde a escuchar las noticias mientras yo me recuesto sobre sus piernas. Ella no hablaba.

Luego vinieron las palabras tensas.

Disparo.

Hospital.

Ambulancia.

No entendí todo, pero entendí lo suficiente. Sentí la ausencia de Ernesto de repente.

Aurora no se movió. Pudo haberse quedado así un minuto o una hora, yo no

nas creen que cuando lloran sin hacer ruido el cuarto no se llena de algo más fuerte, de algo más pesado. Me acosté junto a la puerta. No quería delatarla. Sentía cómo temblaba. Olía a sal.

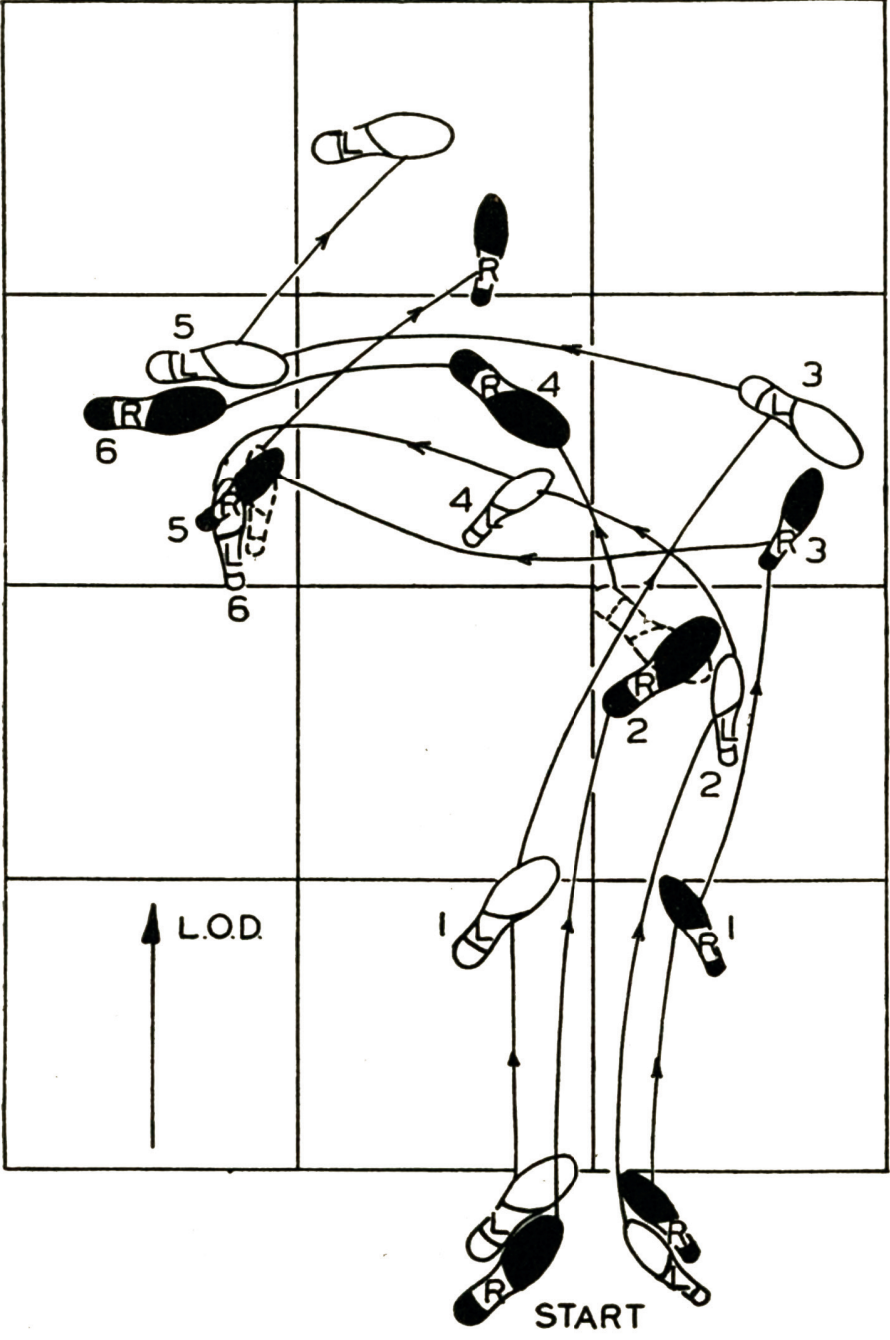
Aurora no me vio al entrar. Yo me moví apenas, sin hacer ruido. Seguía con el teléfono en la mano. Decía sí, sí, voy, ajá, qué más tengo que llevar, una camisa, ajá, una foto, ajá, aquí están sus... no, no sé, no sé dónde está... no sé dónde lo dejó... ajá, no, se lo pido a Silvia... ya, sí, voy...

Abría cajones, cerraba, tiraba cosas por el cuarto, se cambió, buscó las llaves. Gritó el nombre de Fernanda, luego otra vez, tragándose el llanto. Esperó un segundo. Salió. Se fue de casa.

La casa suspendida.

Silvia entró al cuarto, me miró y supo que Fernanda estaba debajo de la cama. Se acostó para mirarla. Le extendió la mano.

Me acerqué, me acosté junto a ellas, dejé que lloraran. A mí también me estaba doliendo.



EL CORTO VIAJE DE LA LIBÉLULA

Andreina Mujica

Siempre supe que iba a viajar. Desde que se hizo vida la comunión entre aquel espermatozoide se unió en ardiente amor con el óvulo de mi madre. Fueron 9 meses de viaje, sabía que estaba en primera, el confort, la buena comida y el espacio solo para mi.



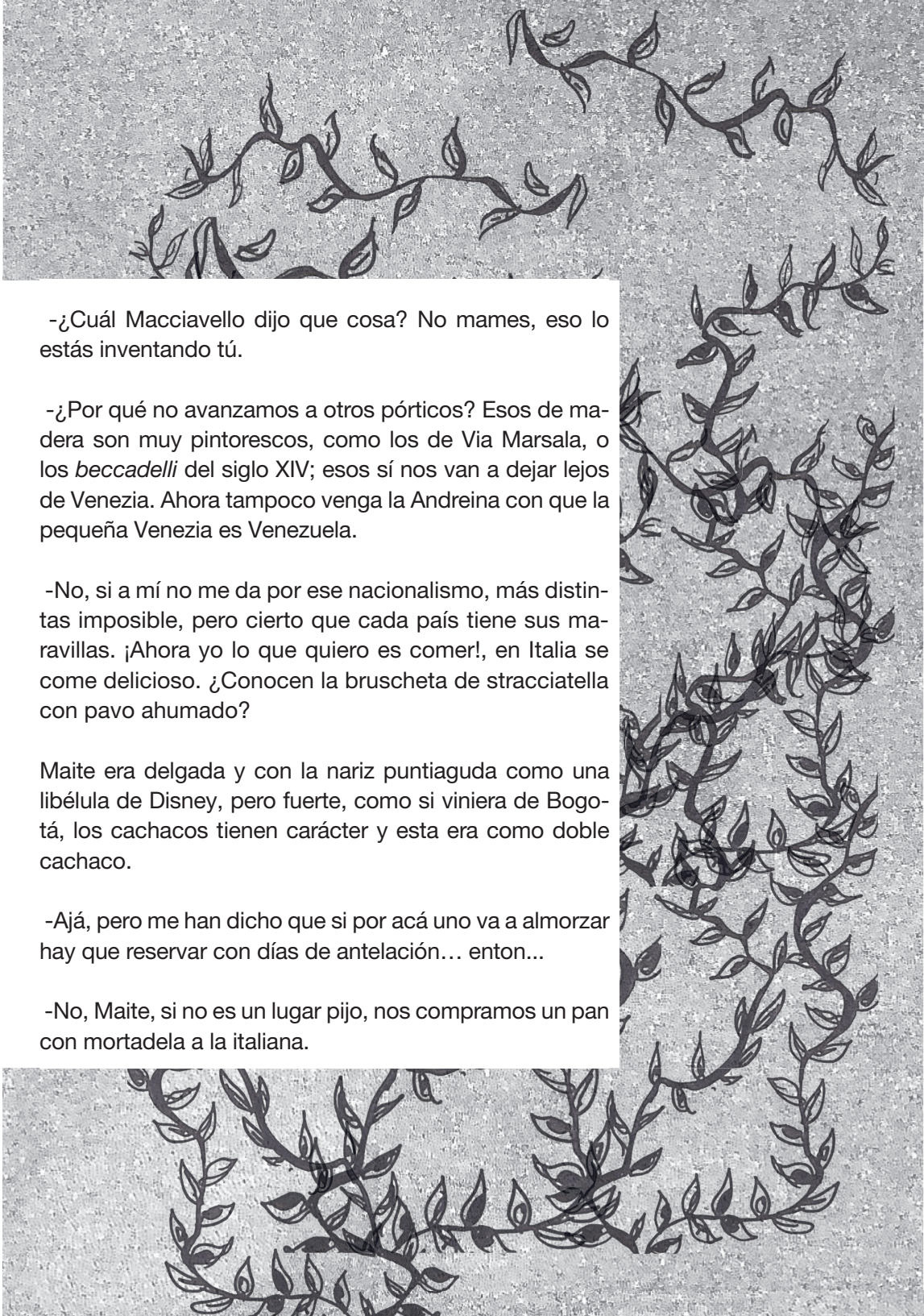
Llegó el día de la llegada, me decían de llorar pero no es mi estilo. Se abrió una compuerta y me cargaron dulcemente, para luego darme una nalgada que ni en un concierto de Bad Bunny, así cualquiera rompe en llanto.

Igual hice amigos: todos en ese lugar me sonreían, siempre con apuro pero con una energía notablemente de fiesta. A partir de ese día no he dejado de hacer amigos y de celebrar la vida, de cierta manera la vida es una fiesta con muchas paradas.

Así fue como conocí a Maite, Carlo, Alfonso y Mont. Eran encantadores y nos ganamos juntos una beca para una residencia en Boloña. Estábamos por la Plaza Maggiore, todos impactados con las dos torres viejas, símbolo de Boloña, más de 1000 años se erguían orgullosos ante nuestros ojos.

-Son lindas si, pero nada como Venezia, no porque haya nacido allá, pero es que es pasear en moto desde muy joven y luego manejar por sus canales...

-Ya va a venir usted con la cosa italiana profunda que si Venezia, estamos en Bolonia, concéntrese pues! Y disfrute que la vida es un soplo, como dijo Macciavello.



-¿Cuál Macciavello dijo que cosa? No mames, eso lo estás inventando tú.

-¿Por qué no avanzamos a otros pórticos? Esos de madera son muy pintorescos, como los de Via Marsala, o los *beccadelli* del siglo XIV; esos sí nos van a dejar lejos de Venezia. Ahora tampoco venga la Andreina con que la pequeña Venezia es Venezuela.

-No, si a mí no me da por ese nacionalismo, más distintas imposible, pero cierto que cada país tiene sus maravillas. ¡Ahora yo lo que quiero es comer!, en Italia se come delicioso. ¿Conocen la bruscheta de straciatella con pavo ahumado?

Maite era delgada y con la nariz puntiaguda como una libélula de Disney, pero fuerte, como si viniera de Bogotá, los cachacos tienen carácter y esta era como doble cachaco.

-Ajá, pero me han dicho que si por acá uno va a almorzar hay que reservar con días de antelación... enton...

-No, Maite, si no es un lugar pijo, nos compramos un pan con mortadela a la italiana.

-Si no es italiana... no es mortadela. Digo... estamos en donde nació la mortadela.

-El hombre es como un soplo, los días son como la sombra que pasa, eso es antiguo testamento, versículo 4, capítulo 144 y....

-Yo sí tengo hambre y por acá se come bueno y barato. Ni hablar del vino! Otro apóstol es Baudelaire: hay que embriagarse, hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: ésta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del Tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.

Alfonso y Mont sacaron de la mochila un pequeño pote de noxema, una crema blanca para el rostro. Estaban actuando con una complicidad única. Se hablaban en secreto, mientras los otros buscaban un restaurante.

-Acá en la Vieja Marla, me dijo un amigo que se come delicioso, barato y tienen la mejor stracciatella.

Todos nos sentamos en esa tabla de madera como los apóstoles, muchos menos en cantidad pero no así en ganas de compartir y probar las delicias de Bolonia.

Llegaron los pequeños panes redondos, aplanados y las bruschetas de stracciatella con el pavo. En eso, Mont la unta de noxema y la pone para hacer una broma a Maite. Maite la come, uno, dos, tres mordiscos, se agarra la garganta y sus ojos se brotan, cae del banquito y Carlo se acerca sobre ella y pide socorro, ayuda, en italiano.

Poco había que hacer: Maite era alérgica al ácido salicílico, cayó y volvió a levantarse. Cuando Carlo y Andreina voltearon no estaban ni Mont ni Alfonso. Solo el cuerpo de Maite, ya sin vida, cual libélula cuando termina su viaje.



Sonó la campanilla de la puerta del Bar Ronda.

Aquel sonido ya era parte del vocerío colectivo y pasaba desapercibido. Pero en aquel momento lo escuché tan fuerte como si al camarero se le hubiese caído la bandeja entera llena de vasos en el suelo.

De reojo vi abrir la puerta. Entraste en el bar. Me di la vuelta fingiendo unas risas. Me volví a meter de cabeza en la conversación con Marta y Alejandro.

Aun dándote la espalda, podía percibir tus movimientos en el espacio repleto de gente. Oír tu voz distinguirse por encima de los chillidos de los demás. Sentir el olor de la sala mezclarse al de tu perfume.

Marta y Alejandro seguían hablándome pero sus labios se movían sin que yo pudiera distinguir sus palabras.

Al rato, tu mirada se cruzó con la mía. Pusiste una sonrisa, levantaste la mano. Castré cualquier tipo de emoción y me hice el sorprendido. Como si no llevara cinco minutos captando cualquier tipo de señal que indicara tu presencia en el lugar.

El cuerpo no respondía. Toda la sangre estaba concentrada en el estómago. Las pulsaciones en mi barriga iban al ritmo de tus pasos hacia mí.

Me abrazaste fuerte. Me dejé, mientras mis ojos se pusieron a mirar la condensación de la cerveza. Mirando las gotas en el vaso caer como si fueran lágrimas. Mi cuerpo, rígido como el de un muerto.

De repente estaba en la Residencia el Valle. El primer domingo del mes. Mi padre abrazándome. Mi oído atrapando sus palabras. Mi cuerpo agarrado a su abrazo. Mi nariz oliendo su perfume. Mi mente

reteniendo todo aquello para que se quedara en la memoria hasta el mes siguiente. Mientras intentaba apagar el fuego que dentro de mí quería pegarle, gritarle y quemar aquel sitio para no tener que volver nunca más.

Volví al presente. Me di cuenta de que lo había vuelto a hacer. Había traído la guerra de mi pasado a aquel momento. Un derrame de energía cuando solamente quería paz.

Y justo cuando me ibas a soltar, mi cuerpo respondió. Te agarré y te abracé soltando todo aquello que tenía dentro. Sin preocuparme de que aquello, dentro de nada, habría desaparecido. Sentí cada molécula de tu cuerpo estar pegada al mío. Y por un momento dejé de ser un niño abandonado y fui el adulto en que siempre soñé transformarme.



Sangre en el estómago

Carlo Pitter







Son turnos de 15 personas y una fila más grande se acerca cautelosa a la entrada de lo que va a ser el hito fantástico: Tagadance 2015, dosmilfuturo.

Cinco luquitas.

Cinco luquitas subió el precio de este año, pero yo, pudiendo ahorrar tengo, por fortuna, exactas cinco luquitas. ¡Y

soy un hombre afortunado! Pues pude posicionarme de los primeros y agarré el mejor asiento: el asiento del medio. Porque entre esa muchedumbre avanzó el primer grupo de

cuatro

Era yo y ese grupo de cuatro.
Yo mezquino pero desafiante,
y ellos simpáticos revoltosos.
Yo Detective Conan, ellos Optimus Prime.

Y sin alcanzar a afirmarme, arranca el primer Tagadance del 2015 con la primera canción del año.

Es 2015. Me agarro de la barra como si de un metal hirviendo se tratara y yo, yo quisiera quemar que se me traspase la mano por ese metal. Y al ritmo de la fuerza centrífuga se pone el Tagadance a girar con toda fuerza y sin piedad.

Y yo me agarro.
Y los cuatro chiquillos al medio, en coreografía.

Se van hacia adelante, y me miran a mi. Todos al mismo tiempo. Y cuando me miran a mí, suena un trueno que abre el cielo, y yo me asusto, ¡pero no me suelto del metal porque este es mi día! Y no me pienso soltar.

Cada vez el Tagadance gira más rápido y empiezo a escuchar a los cuatro chiquillos que se subieron conmigo.
Están discutiendo en turco. Y yo los entiendo.

El primer ángel está tarareando la canción. Se la sabe:

*Lo' tiguere' que andaban con ella', no lo' conozco
Le' pedí 40 champaña' y quedaron loco.*

El segundo ángel está enojado. Dice que llegó su hija del colegio con piojos. Está acusando a los demás ángeles de que aver quién fue, que no saben lo difícil que es una guagua con piojos. Concretamente acusa al tercer ángel, que está con los ojos cerrados tirando truenos afuera. Es el único que tiene el pelo suelto. Habla despacio, y también se sabe la letra.

El cuarto ángel le responde al ángel segundo y dice que no le va a echar la culpa, le dice al ángel cuatro, mientras saca una botella de Bou Legado 35, mejor pisco que saldrá ganador en la competición de 2026.

El ángel dos está histérico. Y se pone a gritar insultos a todos los presentes y yo, que soy un caballero, le sonrío. Le doy las gracias por su presencia, porque yo sí sé lo que es ser un animal con sangre en la guata. Yo sí sé lo que es caminar por la cabeza de mi enemigo, agarrarme de los pelos del enemigo como si fueran las barras metálicas del Tagadance y chupar, chupar de su cabeza hasta las neuronas, y de paso aprender un poco de los números cardinales, el plano cartesiano, y otras cosas más.

Pero el ángel dos no sabe eso, y rompe la coreografía para decirle a todos que paren, que hay que revisar las cabezas. El ángel uno y el tres, que parecían compartir telepáticamente la letra, agarran al ángel dos y lo posicionan de nuevo, abriendo una charla sobre cuidado capilar. Y amenazan al ángel dos con cogotiarlo si no se queda en su formación.

Hasta que se me acerca el ángel cuatro y se me sienta al lado. Él se da cuenta de que yo estoy mirando jolgorioso la escena, y me ofrece 200 lucas por hacerle una zancadilla al ángel dos.

Un piojo guatón se asoma por su frente, y yo me doy cuenta de que es un embustero. Pero mis cinco luquitas, y las mugres de autos que limpié para llegar hasta acá... Así que me incorporo mientras pienso en que se me ocurra algo, para acercarme y zancadillear al ángel dos sin premura.

6

Pero después me acuerdo que yo vine hasta acá a agarrarme del fierro del Tagadance, así que me afirmo y desobedezco.

El ángel cuatro, enfurecido, me mira y cuando él me mira a mí, me empieza a picar atrocemente la cabeza.

Y yo lo miro a él, y los demás se dan cuenta, de que tengo más de veinte piojos saltándome de las orejas hasta la cabeza, de la cabeza a las cejas.

Y yo no me quiero rascar.

Y la música suena mas fuerte.

Y el Tagadance da vueltas mas rápido.

Y los otros ángeles se dan cuenta de lo que está haciendo el cuarto.

Y le gritan al unísono «ven para acá conchetumare».

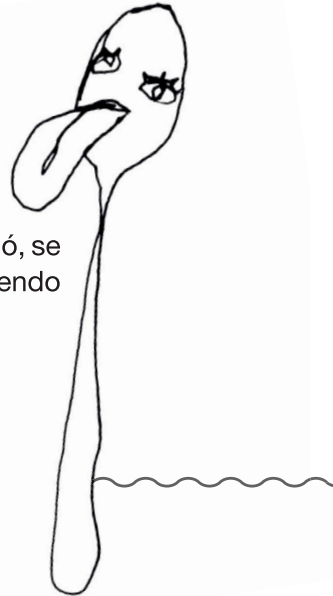
Y el ángel cuatro se caga de la risa y se toma el último sorbo del Bou Legado y se deja caer, mientras los otros ángeles se agarran de las manos y lo patean en el suelo del Tagadance. Lo único que se alcanza a escuchar de su boca son los títulos de los Tagadance de otros años:

- El tagada hasta verte cristo mío
- El tagada con quien te olvido
- El tagada de scooby doo
- El tagada los boca seca
- El tagada Justin Bebe
- El tagada Elsa Polindo

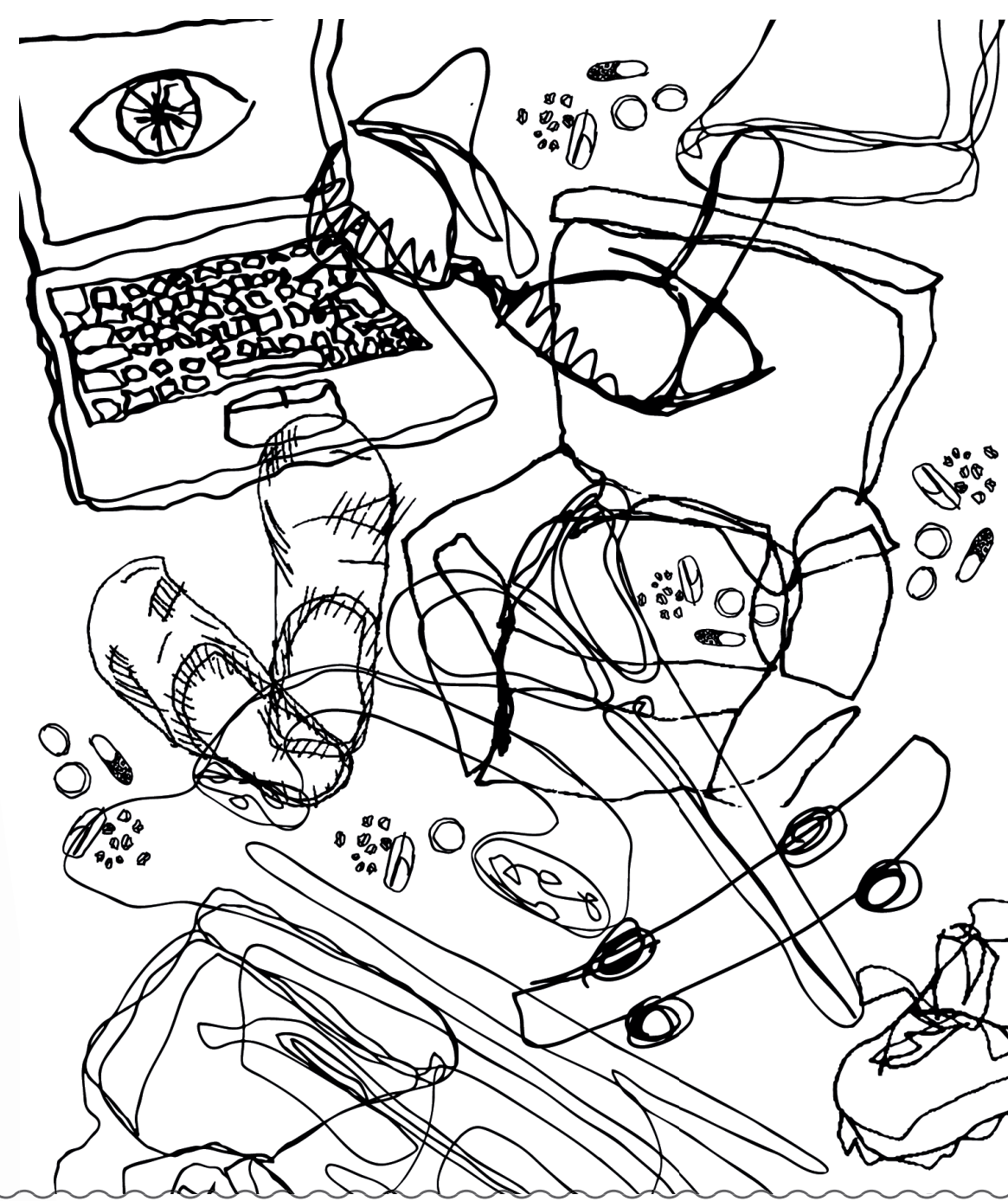
Y con un charco de Bou Legado que no sé de donde salió, se detiene lentamente el Tagadance del 2015, desapareciendo los cuatro ángeles y quedando en su lugar solamente

Cuatro piojos guatones.

Cuatro piojos guatones y yo,
que ahorré todo el año mis cinco luquitas.
Mis cinco luquitas mejores gastadas.







Esta publicación se terminó de imprimir durante la primavera del 2026 en las máquinas de Gráficas Escobar en Madrid, España. Los derechos patrimoniales de todos los textos corresponden a lxs autorxs mencionadxs. Las ilustraciones y fotografías son obras de Aly Economou, Alfonso Leyton y Davi de Lacerda. Se utilizaron las fuentes Absans, TT Nooks, Helvetica Neue World, Kosetsu, Dystopian, Brokenscript OT y Fakir Pro. La producción fue financiada por la Escuela SUR.

Agradecemos también a Nico Amateis y a Ana Alonso por acompañarnos en el taller.

Todos los textos contenidos en este fanzine se desarrollaron en la clase de narrativas del primer año del Master de la Escuela SUR, un taller impartido por Paz Olivares. Para que estos textos existieran en un formato impreso y usted los pudiera leer, tuvimos que dividirnos las funciones. Aplicamos sistemas de votación, decisiones tomadas desde la tiranía, y esa forma tan nuestra de interrumpirnos cada vez que alguien quiere compartir una idea. Carlo Pitter y Yolanda Vega se encargaron de la coordinación, mandaron correos y trataron de mantener la fiesta en paz. Perro Feo estuvo a cargo del diseño, trasnochó y vivió el pánico habitual de que la computadora crasheara. David Alfonso y Maite Ibarreche trabajaron la maquetación, apoyándose en tutoriales de YouTube y en algunas bebidas alcohólicas. Aly Economou, Alfonso Leyton y Daví de Lacerda se encargaron de las imágenes, compartiendo con generosidad lo que hacen con sus ojos y sus manos. Ana García Asegurado y Andreina Mujica llevaron a cabo las labores de producción, desde manejar un coche para ir a imprenta hasta manejar el dinero. Mientras todo eso pasaba, continuamos con nuestras tareas habituales y presenciamos el colapso lento, pero definitivo, de nuestro universo.



